

pronósticos eran una excitación directa a la rebelión, como un calendario alemán del año 1496 que dice que el gobierno del planeta Marte, que presidía al año, significaba un gran descalabro de la nobleza, y que en el mismo año los labradores podrían guerrear con buen éxito, porque todo saldría a medida de sus deseos. En el mismo año se publicó el grabado en cobre que representaba a Roma en forma de monstruo femenino con cabeza de asno, patas y cola de dragón. En 1508 un clérigo llamado José Grünbeck publicó un escrito con grabados que representaban uno la barca de San Pedro estrellándose contra las rocas, otro el pueblo bajo maltratando y matando al clero, y otro la iglesia al revés, funcionando un labrador como sacerdote delante del altar, teniendo por acólitos a mujeres, y arando los frailes y un sacerdote, porque, dice el autor, «Dios ha resuelto que la gente laica se apodere de los bienes de la Iglesia y que el clero sea perseguido; pero si al clero le toca beber el cáliz, los laicos tendrán que apurar el resto con las heces. «Vendrá el tiempo, dice en el prefacio este autor, en que el hombre mas despreciado y pobre limpiará sus zapatos en los mejores adornos de la primera autoridad, tanto eclesiástica como profana.»

En el año 1438 había publicado ya otro clérigo un bien elaborado programa y manifiesto para la revolución social, por encargo, según pretende, del emperador Segismundo, que entonces acababa de pasar a mejor vida. Este autor se muestra partidario de la abolición del celibato y de la reducción de las propiedades y rentas excesivas del clero, pero en punto a religión no se aparta de la iglesia católica. En materia política y social ya es más revolucionario; la revolución será dirigida por un sacerdote místico, llamado Federico, que reinará de un mar al otro. El autor se reserva esta misión evidentemente para sí mismo, pero entretanto se dirige a las ciudades libres como postrera esperanza del imperio tal como existía, diciendo: «Ya no hay obediencia; hace falta justicia; el desorden se ha introducido en todas partes. Los jefes eclesiásticos y los civiles no se acuerdan de la misión que Dios les ha encomendado, y bien mirado, la salvación solo está en las ciudades libres.» En realidad los hombres del municipio y los demás ciudadanos de estas ciudades debían de estar muy lejos de coadyuvar a una reforma que suprimiendo los gremios y las grandes sociedades mercantiles, anunciaba un régimen democrático para las ciudades y pedía para la población rural la abolición de la servidumbre de la gleba y de las cargas anexas. Las aguas, bosques y pastos debían ser bienes del comun. «Nada han dejado para el pueblo, decía, y si hubiesen podido monopolizar el agua lo habrían hecho.» El autor halaga al pobre porque cuenta con su auxilio, pues dice: «Nadie, excepto los hombres estudiosos, los literatos y los poderosos se opone al orden divino; los pobres y humildes claman a Dios pidiendo auxilio y una buena organización. Ahora ha llegado, dice, la edad postrera del mundo y se verificará la elevación de los pequeños y la humillación de los grandes, anunciadas por Cristo y los profetas.» En su consecuencia, invita el buen sacerdote Federico a los «nobles cristianos ya libres» a empuñar la espada y dar con ella; el que se oponga, no será cristiano y debe ser exterminado. «Destruiremos todos los males y encontraremos un porvenir de dicha; Dios será para nosotros padre bondadoso y nos dará lo que nuestro cuerpo y alma apetezcan.» Estas mismas ilusiones teocráticas se hizo después Tomás Munzer. El sacerdote Federico supo encontrar y formular claramente el nombre de la idea que fue después la palanca principal de la gran sublevación de los campesinos: la libertad personal del cristiano, diciendo al pueblo bajo: «Atended: ¿quién querrá ser su propio adversario? ¿Quién preferirá ser propiedad y

siervo de otro a ser libre? Jesucristo ha dado en su sabiduría paternal la libertad al hombre.»

Este libro fue sacado del olvido en que yacía y divulgado en los años 1520 y 1521 por la prensa en muchas ediciones, cuando se desencadenó la tempestad de la sublevación de los campesinos (la liga del zapato), cuya bandera, que era un zapato de labrador, había sembrado ya el terror en Alemania.

CAPITULO VII

PRELUDIOS DE LA REVOLUCION

Los motines y sublevaciones del pueblo, en cuya exposición compendiada cerraremos el examen del estado de Alemania antes de la reforma religiosa, no tuvieron todos el mismo carácter. La creciente agitación del pueblo rural alemán coincidió muchas veces con la propaganda del espíritu revolucionario en las ciudades, propaganda que no ha merecido toda la atención que su importancia exigía. Además de esto, difiere mucho el carácter de unas y otras turbulencias agrarias del siglo xv y principios del xvi. Algunas nacen y desaparecen con vejaciones y otros males locales, mientras otras reconocen por objeto deseos más generales, sociales y religiosos, ya aislados, ya mezclados y a veces unidos hasta con tendencias teocráticas. Esta misma variedad de móviles se presentó en la gran sublevación y guerra de los campesinos.

Ya en el siglo xiv se habían alzado en las ciudades voces subversivas contra los príncipes, los señores nobles, el clero y los judíos, especialmente contra las dos últimas clases, como expresa el verso de aquella época: «Los bienes de los curas y de los judíos nos excitan y animan a todos.» Es decir, que los ánimos se dirigían contra los dominadores y los ricos.

La primera sublevación campesina de que se tiene noticia fue dirigida contra los judíos de Gotha. Algunos vecinos de la ciudad excitaron a los campesinos de las inmediaciones a que penetraran en el año 1391 en la población «para hacerse ricos;» pero la mayoría de los ciudadanos consiguieron rechazarlos. Un carácter análogo tuvo otro motín de los labradores agobiados de deudas en las inmediaciones de Worms, los cuales se reunieron en 1431 y 1432 en una de sus aldeas, invitando a sus amigos y compañeros a agregarse a ellos. El príncipe elector del Palatinado oyó sus quejas y prometió hacerles justicia, pero los señores nobles de la comarca dispersaron con su gente armada la reunión peligrosa. Con razón veían las ciudades del Mediodía en estos conatos los preludios de otra revolución como la de los husitas en Bohemia, donde la nobleza se había unido a los campesinos para saquear al clero y a los vecinos acomodados de las ciudades. Los aldeanos de Worms pidieron que se les entregasen los judíos de la ciudad, y parece que al mismo tiempo lanzaron amenazas contra el clero. Tan grande era la propaganda taborita en Alemania, que entre los que tomaron parte en el concilio de Basilea y sus amigos se expresó el temor de que la gran mayoría de la población rural de Alemania pudiera pasarse a los husitas; y el emperador Segismundo en 1431 manifestó en la bula de oro su gran desagrado por las frecuentes uniones y alianzas de ciertas ciudades y de labradores y gente pobre, que motivaban continuas quejas. En los primeros decenios del siglo xv vemos ya a los labradores en el Mediodía, particularmente en Suabia, acostumbrados a unirse para dar más peso a sus quejas contra los señores, sus dueños, y hasta echar mano a las armas para conseguir su objeto. En esto no hacían más que imitar a las ligas de

las ciudades, a las de los nobles y sobre todo el ejemplo de los cantones suizos vecinos. Desde principios del siglo xv los habitantes de Appenzell, campesinos todos, de los cuales antes nadie había oído hablar apenas, habían hecho frente valerosa y victoriosamente a los señores feudales. Su república amenazaba ya en 1403 extenderse al Tirol y al Vorarlberg, «donde todo el mundo campesino quería ser como los habitantes de Appenzell.» Cuando éstos al cabo de muchos años de lucha con nobles y ciudades y de desahogar su odio a los primeros y al clero entraron en 1411 en la confederación suiza, los labradores de Algau (1) formaron una liga para echarse sobre sus señores, despojarlos de lo que tenían, matarles e incendiar sus moradas, según dice la sentencia del año 1406, que concedió a los sublevados amnistía completa bajo la condición de volver a la dependencia anterior.

Otras ligas de resistencia organizaron los campesinos suabios en las comarcas de Rottweil, Hauenstein y en los territorios de los monasterios de Steingaden (1423) y Rot (1449) siempre por motivos particulares, consecuencias de la opresión despótica creciente de los señores feudales, laicos y eclesiásticos. En algunas sublevaciones mas que en otras manifestó un odio especial contra el clero, como en la de los labradores de Appenzell, que durante algún tiempo maltrataron y mataron a cuantos eclesiásticos cayeron en sus manos «fueran o no del país.» Lo mismo hicieron por el año 1459 los campesinos empobrecidos del valle del Rin, que formaron grandes cuadrillas de salteadores. El parlamento alemán del año 1427, cuando estaba ardiendo la guerra de los husitas, declaró a los habitantes de Appenzell peores enemigos de la Iglesia y de la nobleza que los herejes bohemios; y hasta en Francia se atribuyó entonces una sublevación de campesinos a la influencia de la revolución husita, y allí probablemente antes que en Alemania las clases amenazadas advirtieron que en las últimas guerras se habían aumentado peligrosamente por un lado la miseria y por otro la fuerza y el espíritu de resistencia del pueblo. Sin embargo, también en Alemania cuando invadieron el país las hordas de Armagnac los campesinos del extremo Sudoeste, en la comarca de Westrich, hicieron una tentativa desesperada para oponerse unidos a los invasores extranjeros, que, mercenarios aguerridos, arrollaron fácilmente toda resistencia. En 1462 los labradores de Salzburgo, exasperados por los excesivos impuestos, se sublevaron contra su señor el arzobispo, el cual necesitó el auxilio bávaro para restablecer el orden. En 1478 los labradores de Carintia formaron una liga armada dirigida en apariencia contra los turcos, pero en realidad contra el emperador y los señores feudales, e invitaron al clero, la nobleza y las ciudades a asociarse a ella, amenazándoles con excluirlos en caso contrario de todos los beneficios de la unión eclesiástica y social. Con esto dieron a entender que pensaban en caso de quedar victoriosos proveer por sí todas las plazas y beneficios de la Iglesia, como después se propusieron hacerlo los campesinos cuando su sublevación del año 1525. El movimiento revolucionario de Carintia fue sofocado, pero no su espíritu, porque volvió a brotar y hubo una multitud de conatos análogos que casi siempre coincidieron con otros en el Sudoeste de Alemania, sin que hasta hoy se haya podido explicar satisfactoriamente esta singular coincidencia.

Poco antes de la gran sublevación de los aldeanos de Carintia e inmediatamente después de la agitación producida por la guerra de Borgoña, cuando no hacia todavía un año que la epidemia de peregrinaciones había llevado millares de personas (en 1475) a Wilsnack, apareció súbitamente en

(1) Parte de la antigua Suabia que comprende hoy parte de Baviera, Wurtemberg y Tirol. (N. del T.)

la escena un profeta y reformador socialista-teocrático, que por un momento pareció el salvador deseado de los pequeños y oprimidos. Era Hans Boheim, joven pastor ignorante y músico tamborilero, que habiendo ido a Niklashausen como tantos otros peregrinos, visitó la iglesia de una Virgen que operaba muchos milagros, la cual se le apareció en 1476 y le indujo a quemar su tamboril y a predicar. En sus sermones el joven fanático, detrás del cual se ocultaba quizás algún begardo o predicador ambulante, se mostró devoto ardiente de la Virgen, pesimista apocalíptico al estilo de la época y revolucionario social. Sus predicaciones dejaron muy atrás la llamada reforma del emperador Segismundo. Decía que el emperador era un malvado; que con el Papa no había que contar para nada; que los bienes del clero y de los señores debían ser repartidos entre el pueblo; que debían ser degollados todos los eclesiásticos y que había de verse a los príncipes y señores trabajar a jornal para ganarse la vida. Estos sermones despertaron de nuevo la epidemia de peregrinar desde la Alsacia hasta Sajonia; millares y millares de peregrinos acudieron llevando cirios encendidos y cantando himnos a la iglesia de Niklashausen, donde se disputaron los jirones de ropa que arrancaron del cuerpo del nuevo santo, el cual había señalado el 13 de julio de 1476 para empezar la gran revolución e invitado a sus partidarios a comparecer aquel día armados y sin mujeres ni hijos. A última hora, sin embargo, llegó gente armada a caballo, enviada por el obispo; prendió al joven fanático y le condujo a Wurzburg, donde fue entregado a la hoguera. En vano se arrojaron detrás de su ídolo para arrebatarle a sus conductores, en la noche oscura y con sus cirios encendidos, miles de peregrinos acaudillados por cuatro nobles de Wurzburg, creyendo que a su llegada se derrumbaría el castillo de Marienberg como en otro tiempo las murallas de Jericó; las tropas del obispo les dispersaron sin gran esfuerzo. La realización del ensueño de un reino de Dios en la tierra con reparto de bienes quedó reducida de un golpe a la nada, pero el ensueño se conservó en muchas imaginaciones. En esta jornada se hizo, sin embargo, patente que los taboritas alemanes no podían competir con sus predecesores en Bohemia ni en vigor ni en arrojado impetuoso.

Los campesinos alemanes, pobres, oprimidos y faltos de todo derecho, tomaron por bandera y símbolo de la revolución social el rústico zapato, especie de abarca con suela añadida, que usaban y que les distinguía de los señores.

Entre los peregrinos de Niklashausen hubo también artesanos, y una parte de los habitantes de Wurzburg simpatizó con el joven apóstol. En 1491 y 1492 volvieron a manifestarse turbulencias en que tomaron parte también además de los campesinos gente de las ciudades en Frisia y Holanda, exasperados por los insoportables impuestos y cargas; pero fueron vencidos en batalla campal por los soldados mercenarios del duque Alberto de Sajonia. En el mismo tiempo sublevaron los labradores del monasterio de Kempten contra su señor, el abad, por motivos puramente agrarios, y sin embargo este movimiento encontró al instante eco en la misma ciudad de Kempten; y una cosa análoga sucedió en la gran conspiración alsaciana del año 1493. Los jefes de esta conspiración, y a su cabeza el alcalde de Schlettstadt, Hans Ulman, formaron una liga en una montaña cercana llamada del Hambre, con el objeto de abolir todos los tribunales imperiales y eclesiásticos y todos los tributos, menos una contribución en extremo módica; saquear las casas de los judíos y apoderarse de todos los bienes del clero y de la Iglesia. El plan era tomar por sorpresa la ciudad de Schlettstadt y solicitar el auxilio de los suizos, pero la conspiración fue delatada y Ulman murió en el patíbulo, diciendo antes

de morir que el objeto de la liga se realizara á la corta ó á la larga. A este movimiento sucedieron otros con el mismo éxito desgraciado, sin que las ejecuciones capitales arredrasen á los revolucionarios, probándose así cuán profundamente arraigada estaba en los ánimos la idea de un cambio violento.

Esta idea que no era sino la negacion de los derechos históricos, es decir, de los títulos, propiedades y dominios, y que el pueblo designó con las palabras de derecho ó fuero de Dios, que da y toma, se arraigó mas y mas durante los treinta años siguientes en todo el Sudoeste y Mediodía de Alemania. Una liga de campesinos que se formó en el año 1502 en la aldea de Untergrombach, en el territorio de Spira, pintó en su bandera blanca y azul la imagen del Crucificado, en un lado del mismo á un aldeano arrodillado y en el otro el zapato simbólico y el lema: «Nada mas que la justicia de Dios.» El santo y seña era: «Nuestra Señora y San Juan Evangelista,» á lo cual se contestaba: «¿Qué hay?» y el primero respondía: «Estamos enfermos de clerigalla.» Además, cada miembro de la liga debía rezar diariamente cinco padrenuestros y otras tantas avemarías. El objeto principal era confiscar todos los bienes del clero y de la nobleza; la supresion de los diezmos, gabelas, impuestos y tributos exigidos por los señores y soberanos territoriales y por los eclesiásticos, y la abolicion de toda servidumbre. Las aguas, lagos y corrientes, los bosques y pastos serian propiedad comun, y por única autoridad quedaria el rey de Romanos. Los conjurados esperaban que todos los campesinos y el pueblo de las ciudades tomarian su partido, matando sin consideracion á todos los contrarios, especialmente á los clérigos, y que así llevarian la revolucion triunfante por toda la Alemania sin permanecer mas que veinticuatro horas en una poblacion. La campaña debía principiar con la ocupacion, por sorpresa, de la ciudad de Bruchsal; pero la conspiracion fué delatada, y los que cayeron en manos de la autoridad fueron castigados cruelmente. Muchos fueron mutilados y otros descuartizados vivos; mas un tal Joss Fritz, el mas astuto de los demagogos, supo eludir la persecucion y volvió á principiar el trabajo deshecho, estableciendo el centro de su conspiracion en la aldea de Lehen, en el Breisgau. Con exquisita cautela se hizo la propaganda en hosterías y fiestas de aldea, sirviendo de agentes soldados mercenarios que buscaban quien los enganchara, mendigos jóvenes y robustos y otros vagabundos. El mismo Fritz, que solia presentarse con cierta elegancia, sabia hablar tan bien de la corrupcion del mundo, de la justicia de Dios y de la liga, «que cuantos le oían creían estar desde aquel instante salvados y tener segura la riqueza en este mundo y la bienaventuranza en el otro.» El mismo cura-párroco de Lehen se dejó convencer tanto, que aseguró que el derecho indiscutible de la liga podia probarse con la Sagrada Escritura. Joss Fritz y su segundo el mozo de tahona Jerónimo, de la cuenca del Adige, prometieron escribir, tomando por base la Sagrada Escritura, lo que ellos entendian por reclamaciones convenientes, equitativas y divinas. Su programa concordaba en lo principal con los anteriores; no querian reconocer mas amos que Dios, el Papa y el emperador; pedian la reduccion de las atribuciones de los tribunales eclesiásticos, la supresion del tribunal imperial de Rotweil, el libre uso de las aguas, bosques y pastos, la confiscacion y secularizacion de los bienes del clero, la anulacion de todas las deudas cuyos intereses hubieran llegado á igualar al capital y la aplicacion de la justicia de Dios á los intereses usurarios. Decian que su liga llegaba hasta Colonia y que podian contar con la cooperacion de los suizos confederados. La revolucion debía estallar con la toma, tambien por sorpresa, de la ciudad de Fri-

burgo, pero fué igualmente delatado todo y los conspiradores, menos Fritz, que pudo salvarse con la bandera de la liga arrollada al cuerpo, fueron en 1513 sometidos al tormento, mutilados, decapitados y descuartizados.

A pesar de estas escenas sangrientas continuaron estallando nuevas sublevaciones tan pronto en un punto como en otro, no solamente en el Sudoeste de Alemania y en Suiza, sino tambien en los Alpes orientales y hasta en Hungría. En el verano del mismo año 1513 se sublevaron contra sus gobernantes, miembros del gran consejo, los labradores de los territorios de Berna, Lucerna y Soleura, con tan buen éxito que un gran número de aquellos señores, acusados de malversaciones, extorsiones y fraudes, especialmente por haberse apropiado fondos provenientes de otras potencias en pago de tropa contratada, fueron encausados, sometidos al tormento y muchos ejecutados por el verdugo, saliendo los campesinos sin echar mano á las armas notablemente mejorados políticamente y económicamente.

En la primavera del año siguiente, 1514, estalló una nueva sublevacion, provocada por el aumento de los impuestos y del precio de los víveres. Ya en el año 1502 se habian amotinado los campesinos de las abadías de Alpertsbach y Ochsenhausen en el país de Wurtemberg, para alcanzar una mejora de su triste condicion, mejora que lograron los últimos en efecto, disminuyéndoseles algo el peso de la servidumbre. La nueva liga del año 1514 se llamaba «del pobre Conrado» y pedía el libre uso de las aguas, bosques y prados, la abolicion de los impuestos y la de las prestaciones personales. En esta liga tomaron parte los campesinos y clases bajas de las ciudades. El movimiento, promovido por la tiranía y el des-gobierno del país en general, se dirigió realmente contra toda la organizacion feudal y contra la oligarquía de las ciudades. El gobierno atribuyó á la liga el propósito anárquico de acabar con todo lo existente, con la Iglesia y hasta con la fe cristiana y establecer en su lugar el comunismo. «Los revoltosos, decia, no quieren autoridad ninguna, ni servidumbre, todo ha de ser comun; aspiran á matar á los que tienen mas que ellos si no parten con ellos su comida y bebida; á esto llaman derecho divino y auxiliar á la justicia.» Estos propósitos se reducian en realidad probablemente á expresiones cual las que suelen oirse en todas las revueltas de siervos, como: «Que los ricos partan lo que tienen con nosotros; ahora tenemos empuñadas las armas; ahora el sol está en nuestro signo,» y otras por el estilo. La última exclamacion denota ya la popularidad de la jerga astrológica. El gobierno se entendió con el parlamento reunido en Tubinga, en el cual no fueron admitidos representantes de la clase labradora, y se hicieron á esta última algunas concesiones mezquinas por vías de indemnizacion de los perjuicios que causaban á sus huertos y campos los animales silvestres, reservados para la caza de los señores, y á los cuales nadie podia cazar sin incurrir en las penas mas bárbaras. Hecho esto, fueron dispersadas las turbas armadas sin derramamiento de sangre, y á fin de evitar nuevos actos de resistencia fué desarmada escrupulosamente toda la poblacion rural, y se instituyeron tribunales de sangre en Schorndorf y Stuttgart.

Con menos trabajo todavía fué disuelta antes de haber llegado á organizarse otra liga llamada tambien «del pobre Conrado» en el territorio de Baden.

Grandísimo contraste forma con la conducta á la vez ruda y cobarde de los labradores alemanes la formidable sublevacion de los siervos de Hungría, los cuales en el mismo año se reunieron en número de muchos miles con pretexto de emprender una cruzada contra los turcos, y una vez reunidos, acaudillados por un guerrero de fama, Jorge Dosa, cayeron sobre el clero y la nobleza. Parte de la nobleza baja se agre-

gó á los revoltosos; la guerra fué feroz, y cuando finalmente triunfó la nobleza acaudillada por Juan Zapolya, vaivoda de Transilvania, éste sacrificó á todos los prisioneros despues de hacerles sufrir las crueldades mas inauditas.

Apenas quedó sofocada en un mar de sangre esta sublevacion, brotaron en 1515 nuevas turbulencias entre los campesinos de Carintia, Carniola y Estiria, donde ya en 1503, 1513 y 1514 habian ocurrido las que sabemos, y que coincidieron con las sublevaciones en el Sudoeste de Alemania. La del año 1515 estalló en el señorío de Gottschee, provocada por el aumento de impuestos, multas, cargas y gravámenes feudales, pidiendo los revoltosos la reduccion de tales cargas á su estado antiguo. En Carintia, sin embargo, no se contentaron con esto, sino que pidieron como los alemanes en Suabia el reinado del fuero de Dios. Hubo entre los sublevados de Carintia tambien un santon que pretendia tener comunicacion con el Espíritu Santo. La sublevacion creció y tomó las proporciones de una guerra de exterminio; los aldeanos incendiaron gran número de castillos, pasearon por el país las cabezas de los nobles degollados clavadas en largos palos, obligaron á las mujeres nobles á llevar traje de aldeanas y á trabajar como éstas en el campo. Finalmente, el general imperial Herberstein derrotó cerca de Cilli á los sublevados que se habian jactado públicamente del asentimiento del emperador. Maximiliano amparó con efecto á los vencidos y trató de indagar las causas de la sublevacion y hacerlas desaparecer por medio de reformas. Con gran disgusto de los brazos del Parlamento mandó tomar informes de las quejas de los labradores, y declaró ante los brazos que todo el movimiento reconocia por causa las excesivas exigencias de los señores, que debian tratar á sus súbditos con equidad y contentarse con las rentas y prestaciones lícitas que Dios les habia concedido. Esta conducta le hacia honor como soberano, pero no produjo ningun efecto en los brazos, los cuales no quisieron hacer concesion alguna.

Esta resistencia de los señores á renunciar á ninguno de sus derechos, legítimos ó no, fué causa de que en todas partes se mantuviera vivo el espíritu revolucionario. Su apóstol principal, el demagogo Joss Fritz, seguia recorriendo con sus agentes las ciudades y aldeas del Sudoeste de Alemania disfrazados de mil maneras, de frailes mendicantes, sacerdotes, buhoneros, mendigos, lisiados y hasta de leprosos. Con estos auxiliares, proletarios sin hogar, preparó Joss Fritz la nueva sublevacion que debia estallar en otoño del año 1517 simultáneamente en el país de Baden y en Alsacia, y conmover toda la comarca entre la Selva Negra y los Vosges. Segun las declaraciones de los presos, porque esta conspiracion fué descubierta como las otras, una multitud de vagabundos estaba encargada de incendiar diferentes lugares, y al propio tiempo los sublevados debian ocupar las ciudades de Wissemburgo y Hagenau en Alsacia. Allí se proponian matar á todas las personas del consejo municipal y del tribunal, así como á todos los nobles; abolir los impuestos, menos las contribuciones debidas á la Iglesia y al emperador, y solicitar el auxilio de los suizos.

En todas estas conspiraciones vemos que los campesinos trataban de apoderarse de una ó dos ciudades como base y punto de apoyo para sus movimientos ulteriores, porque casi siempre podian contar con la cooperacion de las clases bajas en las ciudades, donde, segun dice Meisterlin en su crónica de Nuremberg del año 1488, no faltaban desocupados acomodados que se entretenian á falta de otra ocupacion en criticar y hacer ver al pueblo los defectos y maldades del gobierno. Tampoco faltaban vividores cargados de deudas que iban á almorzar á la hostería, de donde no salian hasta

la madrugada; oficiales obreros que no empezaban á trabajar en su respectivo taller hasta el jueves, y á todos se unia luego la hez del pueblo. Los gobernantes de las ciudades, despues de haber cesado las discordias y luchas entre las familias dominantes y los gremios, procuraron para enriquecerse y hacer frente al creciente lujo, monopolizar y explotar los cargos públicos de la ciudad, sobre todo si ésta era libre, es decir, si dependia directamente del imperio, como los grandes y pequeños príncipes y señores soberanos. Fuese ó no culpa de estos administradores del comun, la hacienda de las ciudades solia estar en tan mala situacion que obligaba á aumentar las gabelas, y esto originó quejas y disgustos, que contribuyeron en muchas partes á promover sublevaciones del pueblo contra el consejo municipal, especialmente en las ciudades libres, cuando habia sospechas de que algun concejal ó mas trataran de vender la ciudad á nobles ó príncipes vecinos, como habia sucedido repetidas veces. Los enemigos de las ciudades fomentaron estos rencores al mismo tiempo que trataban á los habitantes despreciativamente llamándoles lugareños estúpidos ó suizos, es decir, revolucionarios, y alegrándose de sus discordias interiores. Estas se aumentaron tanto en el último tercio del siglo xv, que produjeron sublevaciones contra el consejo municipal en muchas ciudades; en 1477 en Aquisgran, en 1482 en Colonia, en 1488 en Brunswick y por el mismo tiempo en Osnabruck, en cuya última poblacion el pueblo, dirigido por el sastre Lenethun, mostró un concentrado odio á la clerecía opulenta y licenciosa, pidiendo además el restablecimiento del libre uso de las tierras del comun. En 1496 hubo igualmente disturbios en Kreuznach y Andernach provocados por el despotismo del gobierno del país.

Estas y otras revoluciones se hicieron cada vez mas frecuentes, sobre todo en el segundo decenio del siglo xvi, lo que prueba la existencia de un malestar general inaguantable en el campo como en las ciudades, unido á la conviccion de que un cambio era indispensable é ineludible. La soberbia estúpida de los gobernantes municipales llegó á tal extremo, que un concejal de Erfurt dijo á los comisionados del pueblo, sublevado en 1509 á causa de lo insoportable de las cargas y que se le presentaban á pedir cuenta de la administracion á nombre de la comunidad: «La comunidad soy yo.» La ciudad debia cerca de 600,000 florines, y el populacho, dueño de la situacion, queria saciar sus cobardes y feroces instintos. El insolente concejal fué sometido al tormento y ejecutado; la joya mas preciosa de la ciudad, la universidad (1), despues de una desesperada lucha entre los estudiantes y el pueblo, fué saqueada.

Escenas semejantes y peores de la justicia del pueblo y á veces de la reaccion victoriosa se repitieron en diferentes partes del imperio. En 1510 el consejo municipal y parte de los vecinos de Constanza trataron de agregar la ciudad á la confederacion suiza; pero quedando los ciudadanos fieles al imperio, el emperador Maximiliano pudo sofocar la rebelion. En 1512 hubo conflictos entre el consejo y el vecindario en Schwabisch-Hall, Spira; Regensburg y Brunswick, y en el año siguiente en Aquisgran, Duren, Colonia, Neuss, Andernach, Worms, Gottinga, Ulm y Schweinfurt. Estos disturbios coincidieron con los de Suabia, cuando la conspiracion de Joss Fritz y su proyectada sorpresa de la ciudad de Friburgo. En 1514 produjo la liga titulada *el pobre Conrado*, de rechazo

(1) La quinta en Alemania por órden cronológico y la única fundada y dotada por la comunidad. Fué fundada en 1378, quedó organizada con las cuatro facultades en 1392 y fué pronto una de las mas célebres y mas concurridas de Alemania. Erfurt fué despues ciudad anseática, populosa, próspera y rica, y pasaba por la ciudad mas grande de Alemania.

(N. del T.)

surgieron sublevaciones en Stuttgart, Tubinga y otras ciudades de Wurtemberg. En el año anterior, el pueblo victorioso había instalado un gobierno de terror en Colonia, y empleando el tormento, como sus gobernantes, sacó de los presos las declaraciones que buscaba, en cuya consecuencia murieron en el patíbulo diez miembros del consejo destronado, de uno de los cuales se decía que tenía hecho pacto con el demonio, el cual corría por su habitación en forma de liebre. Los poetas populares atribuyeron la victoria del pueblo a la protección de la Virgen y de los tres santos reyes. En Worms y Schweinfurt, donde el pueblo fué vencido, el poeta cantó que en muchos lugares reinaba la fuerza bruta y no la justicia, y dirigiéndose a las autoridades, dijo: «Tened presente que vuestro régimen no puede durar, pues hasta los pobres campesinos lo conocen.»

Nadie había entonces en Alemania que hubiese podido trazar el límite entre el gobierno de la fuerza bruta y la justicia, ni menos indicar a cada uno de estos dos poderes su exacto derrotero. Para hacer respetar los derechos establecidos, ya antiguos, ya nuevos, era indispensable el empleo de la fuerza bruta de que cada gobernante disponía, pues que el poder central monárquico y nacional que las inteligencias más nobles y millares de pobres oprimidos deseaban, era una mera ilusión, y no se veía en ninguna parte de Alemania rastro de tal gobierno. La joven dinastía habsburga llevaba ya desde sus primeros pasos un carácter internacional muy pronunciado; podía ambicionar la renovación del antiguo sacro imperio romano-germánico para ceñir a las sienes de su jefe la corona de este imperio ilusorio, pero nunca podía llegar a ser la base de una monarquía nacional alemana. En un país dividido entre centenares de soberanos, soberanillos y ciudades independientes, con tendencias absolutistas todos ellos, no había medio de formar un gobierno nacional supre-

mo y eficaz, ni de cambiar siquiera el curso político, ni tampoco apareció nunca el hombre idóneo para llevar a cabo semejante misión. Así la agitación política y religiosa y la misma reforma protestante no aprovecharon más que a las familias soberanas, que supieron coger los frutos de todos estos movimientos provocados por deseos y llevados adelante con fines muy diferentes. Todos los príncipes y señores querían ser completamente libres; pero a principios del siglo XVI se encontraron con el obstáculo del espíritu revolucionario del pueblo bajo, que pugnaba para abrirse camino y llegar a la superficie; y los que cifraban su ambición en pisotearlo para vivir ellos dichosos a su manera, no encontraban terreno firme donde poner los pies.

El abad Tritemio señala como los dos cánceres roedores del imperio el espíritu hisita, ó sea el de reforma religiosa y social, y la confederación suiza. El pueblo se acordaba con horror de los herejes bohemios, pero le gustaba hablar de matanza de frailes y clérigos y de confiscación de los bienes de la Iglesia, y muchos hablaban hasta con respeto de los suizos, a pesar de haber abandonado al imperio, porque lo habían hecho para castigar a los que los tiranizaban y para luchar por los fueros divinos del pueblo. Cuando Tritemio dice que la lucha entre los suizos y los príncipes alemanes era una guerra a muerte, tiene en el fondo razón, porque el choque del Estado moderno monárquico con las tendencias del pueblo, es decir, con la revolución, era ineludible y debía durar hasta llegar a un arreglo estable; y esta revolución social hermanada con la fermentación religiosa se había manifestado ya en el siglo XIV.

En esta situación la corona imperial pasó por primera vez desde la vergonzosa elección del rey en 1257 a la cabeza de un soberano no alemán; pero también había aparecido ya un héroe alemán, un fraile mendicante que declaró la guerra al Papa romano y desafió al emperador español.

LIBRO PRIMERO

REFORMA Y REVOLUCION

CAPÍTULO PRIMERO

FIN DEL REINADO DE MAXIMILIANO Y ELECCION DE CARLOS QUINTO

Ninguna de las naciones europeas ha pasado sus grandes crisis interiores sin que poco ó mucho influyesen en ellas en sentido ya favorable, ya adverso, otras naciones. Cuando la cristiandad de la Edad media fué tomando la forma moderna de Estados políticos, esta antigua conexión no desapareció sino aparentemente; en realidad adquirió mayor fuerza, porque con el aumento del comercio social cada agitación de un pueblo irradiaba con mayor rapidez a las naciones vecinas, engrosando continuamente el número de intereses comunes; y no había asunto exclusivamente propio de una nación determinada, por mucho que ella lo creyera así. Por esto vemos al poderosísimo movimiento religioso, propiamente alemán, del siglo XVI cruzarse y confundirse, no solamente con las luchas políticas y sociales dentro del mismo imperio, sino también con el cambio del dominio político en Europa, cambio debido principalmente a las naciones neo-latinas.

Entre los dos intereses extremos de dos naciones tan distantes entre sí; entre la revolución religiosa de Alemania y la ambición de la monarquía española, que aspiraba a conquistar el dominio del mundo, el eslabón intermedio fué la casa de Habsburgo. La Alemania no pudo completar su reforma religiosa bajo la presión de la influencia española, pero también fué a su vez la cuña poderosa que introdujo una dislocación en la monarquía colosal cuyo núcleo era España y cuya consolidación habría sido la mayor desgracia para Europa (1).

Mientras la iglesia romana se veía atacada al cabo de mil años de dominio exclusivo en Europa, se le abrió un nuevo y vastísimo campo de acción al otro lado del Océano; pero al propio tiempo desde el extremo Sudeste de Europa le amenazó una nueva invasión del Islam, que lejos de haber perdido su fuerza expansiva, la volvió a concentrar en el imperio turco y se preparaba a aplicarla en dirección al Occidente.

En medio de todas estas conmociones estaba el imperio germánico dividido y descomponiéndose por falta de cohesión. Al aproximarse a su fin el reinado de Maximiliano, el imperio, después de muchas tentativas impotentes para organizarse sobre nuevas bases, estaba a punto de recaer en su

(1) No vemos la razón de esta opinión del autor. La gran monarquía española descubrió un nuevo mundo y salvó a la Europa de la barbarie turca. Tuvo una razón de ser providencial y habría tenido otra si se hubiese consolidado. (N. del T.)

antigua anarquía. Había llegado el caso hacia tiempo previsto de pasar la corona imperial a manos de un extranjero. Maximiliano había conservado siempre su carácter alemán, a pesar de ser su política muchas veces todo menos alemana; y su nieto, el duque de Borgoña y rey de España, no tenía ninguna simpatía a la nación alemana ni comprendía su genio; pero como los magnates alemanes, los príncipes electores, que disponían de la corona imperial, dignidad la más elevada todavía en Europa, eran completamente impotentes enfrente de las grandes monarquías occidentales consolidadas ya, sus soberanos se disputaron la corona imperial como un aumento de su poder sin curarse de los intereses alemanes. Para los alemanes de aquella época era ya un consuelo que la rama de Habsburgo, señora de Borgoña y de España, sirviera de poderoso dique contra el poder de Francia, que era una amenaza continua, inmediata y temible para Alemania. Restaba saber si el pretendido amigo no resultaría más funesto para Alemania que el enemigo tan temido. Para formarnos una idea de la posición de Alemania en la lucha abierta ya por el dominio de Europa, es indispensable que primero nos hagamos cargo de la situación de aquellos dos rivales.

Hay que convenir, por ser evidente, en que al fin de la Edad media las naciones neo-latinas ocupaban en todos conceptos el primer puesto. Italia a pesar de su división política iba a la cabeza de la civilización, y además había hecho privilegio suyo la dirección espiritual de la cristiandad; Francia y España eran las primeras monarquías modernas con sus gobiernos centralizadores; España y Portugal conquistaron un nuevo mundo, y neo-latina fué también en general la civilización de Borgoña, con su caballería restaurada y su administración dirigida desde la corte. La entrada de España en el movimiento general europeo fué para Europa un elemento nuevo y enérgico. Los pueblos y las monarquías de la península ibérica habían tenido durante muchos siglos una existencia separada de continuas luchas entre sí y contra los infieles. El entusiasmo belicoso por su fe que animaba a los mahometanos se comunicó a los cristianos, que como ellos lo sacrificaron todo por su religión, sin lástima ni misericordia con los que no participaban de sus creencias, y los españoles, con su innato valor, en las interminables guerras de raza y de religión adquirieron una práctica y una astucia que los hizo durante largo tiempo los maestros en las artes de la guerra y de la diplomacia de toda la Europa. Dollinger ha hecho notar muy acertadamente rasgos de falacia que afean al Cid Campeador, la figura ideal española de un héroe popular. Con todo, había en la sangre española una energía inagotable para las causas que la entusiasmaban. La pureza